



www.loqueleo.com/es

Título original: THE BFG

© 1982, Roald Dahl Nominee Ltd.

© 1982, Quentin Blake

© De la traducción: Julio Hermoso

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-131-9

Depósito legal: M-37.827-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Cuarta edición: marzo de 2017

Más de 22 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El Gran Gigante Bonachón

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake

loqueleg

Para Olivia

20 de abril de 1955-17 de noviembre de 1962

Los personajes de este libro son:

HUMANOS:

La reina de Inglaterra

Mary, la doncella de la reina

El señor Tibbs, mayordomo de palacio

El jefe del ejército de tierra

El jefe de las fuerzas aéreas

Y, por supuesto, Sophie, una niña huérfana

GIGANTES:

El Tragamofletes

El Quebrantahuesos

El Estrujaseñores

El Mascaniños

El Sudacarnes

El Zampamollejas

El Aplastanenas

El Embotellasangres

El Carniceronte

Y, por supuesto, el GGB

La hora bruja

9

Sophie no podía dormir.

La brillante luz de la luna se colaba por una rendija entre las cortinas e iluminaba justo su almohada.

Hacía horas que los demás niños del cuarto estaban profundamente dormidos.

Sophie cerró los ojos y permaneció tumbada, casi sin moverse. Intentó dormirse con todas sus fuerzas.

De nada sirvió. La luz de la luna era como una hoja de plata que atravesaba la habitación justo hasta su rostro.

La casa estaba en absoluto silencio. No llegaba una sola voz desde el piso de abajo, ni tampoco se oía un solo paso en el de arriba.

Tras la cortina, la ventana se encontraba abierta de par en par, pero nadie pasaba tampoco por

la acera en el exterior. No circulaba ningún coche por la calle. No se oía el más leve ruido por ninguna parte. Sophie jamás había sentido un silencio semejante.

Tal vez, se dijo, aquello fuese lo que la gente llama la hora bruja.

10 Alguien le contó una vez entre susurros que la hora bruja es un momento especial en plena noche, cuando todos los niños y todos los mayores están muy dormidos, profundamente, y todas las cosas oscuras salen de sus escondrijos y tienen el mundo entero para sí.

La luz de la luna brillaba sobre la almohada de Sophie con más fuerza que nunca. Decidió salir de la cama y cerrar la rendija de las cortinas.

Si te pillaban fuera de la cama después de apagar las luces, entonces te castigaban. Aunque dijese que tenías que ir al cuarto de baño, no aceptaban aquello como excusa, y te castigaban igual. Pero ahora no había nadie despierto, Sophie estaba segura de ello.

Alargó la mano para coger las gafas, que aguardaban sobre una silla junto a su cama. Tenían la montura de acero y unas lentes muy gruesas, y So-

phie apenas podía ver nada sin ellas. Se las puso, se deslizó fuera de la cama y anduvo de puntillas hasta la ventana.

Sophie se detuvo al llegar ante las cortinas. Le daban ganas de colarse por debajo de ellas y asomarse por la ventana para ver qué pinta tenía el mundo justo ahora, cuando se palpaba la hora bruja.

Escuchó de nuevo. Todo estaba en un silencio sepulcral.

11

Sus ganas de asomarse se volvieron tan fuertes que no las pudo resistir. Veloz, metió la cabeza por debajo de las cortinas y se asomó por la ventana.

En la plateada luz de la luna, aquella calle del pueblo que ella conocía tan bien tenía un aspecto completamente distinto. Era como si las casas se encorvasen y se torciesen, como las casitas de los cuentos. Todo parecía pálido y fantasmal, blanquecino como la leche.

Alcancó a ver la tienda de la señora Rance al otro lado de la calle, donde podías comprar botones, lana y trozos de elástico. No parecía de verdad. Como si estuviera oscura y envuelta en la niebla.

Sophie dejó ir la mirada calle abajo, más y más lejos.

De repente, se quedó paralizada. *Algo subía por la calle, en la acera de enfrente.*

Era algo negro...

Algo alto y negro...

Algo muy alto y muy negro y muy delgado.

¿Quién es?

No era humano. No podía serlo. Era cuatro veces más alto que el más alto de los seres humanos. Era tan alto que la cabeza le llegaba por encima de las ventanas del primer piso de las casas. Sophie abrió la boca para gritar, pero no emitió ningún sonido. Tenía la garganta paralizada por el miedo, igual que el resto del cuerpo.

13

No había la menor duda, aquella era la hora bruja.

La silueta alta y negra venía hacia ella. Se mantenía muy pegada a las casas de la acera de enfrente, escondida en los lugares oscuros a los que no llegaba la luz de la luna.

Avanzaba y avanzaba, cada vez más cerca, pero se movía en intervalos. Se detenía, y luego arrancaba, aunque se volvía a detener.

Pero ¿qué diantre estaba haciendo?

¡Ajá! Ahora lo veía Sophie. Se estaba detenien-
do delante de cada casa. Se paraba y echaba un vis-
tazo por la ventana del primer piso de cada casa
de la calle. En realidad, tenía que agacharse para
poder mirar por las ventanas. Así de alto era.

Se detenía y se asomaba. Luego pasaba a la si-
guiente casa y se volvía a detener, y miraba por la
ventana, y así de casa en casa por toda la calle.

Estaba ahora mucho más cerca, y Sophie pudo
verlo con mayor claridad.

Lo observó detenidamente y decidió que tenía
que ser una especie de PERSONA. Resultaba obvio que
no era humano, pero era sin duda una PERSONA.

Una PERSONA GIGANTE, tal vez.

Sophie forzó la mirada a través de la calle nebli-
nosa bajo la luz de la luna. El Gigante (si fuera eso
lo que era) vestía una larga CAPA NEGRA.

En una mano sujetaba algo parecido a una
TROMPETA MUY LARGA Y DELGADA.

En la otra mano llevaba un MALETÍN GRANDE.

El Gigante se había detenido ahora justo de-
lante de la casa del señor y la señora Goochey, que
tenían una verdulería en la calle Alta, y la familia
vivía en el piso de arriba de la tienda. Sophie sabía

que los dos hijos de los Goochey dormían en la habitación que daba a la calle, en el primer piso.

A través de la ventana, el Gigante se asomó al interior, donde dormían Michael y Jane Goochey. Desde el otro lado de la calle, Sophie contenía la respiración y observaba.

Vio como el Gigante daba un paso atrás y dejaba el maletín en el suelo. Se inclinó y lo abrió. Sacó algo del maletín. Parecía un tarro de cristal, uno de esos cuadrados con una tapa que se enrosca. Desenroscó la tapa del tarro y vertió el contenido en el extremo de la larga trompetilla.

Sophie observaba, temblorosa.

Vio que el Gigante se volvía a enderezar y que introducía la trompeta por la ventana abierta del cuarto del primer piso donde estaban durmiendo los hijos de los Goochey. Vio que el Gigante tomaba aire con fuerza y buf, soplaba por la trompetilla.

No produjo ningún sonido, pero fue obvio para Sophie que, fuera lo que fuese lo que había en el tarro, el Gigante lo había soplado con la trompeta al interior del dormitorio de los Goochey.

¿Qué podría ser?

Cuando el Gigante apartó la trompetilla de la ventana y se inclinó para recoger el maletín, volvió la cabeza y miró hacia la acera de enfrente.

A la luz de la luna, Sophie captó la imagen de una cara enorme, pálida, arrugada y con las orejas enormes. Tenía la nariz afilada como un cuchillo, y, sobre la nariz, dos ojos relucientes; y aquellos ojos estaban mirando directamente hacia Sophie. Su mirada era temible y diabólica.

16



Sophie dejó escapar un grito y se apartó de la ventana. Atravesó corriendo el dormitorio, se metió en la cama de un salto y se escondió bajo la manta.

Allí permaneció hecha un ovillo, quieta como un ratoncito y sin dejar de temblar.